

APRENDIZAJE

Y

HEROÍSMO

Eugenio d'Ors (1881-1954)

Conferencia impartida en la Residencia de Estudiantes en 1915

Otra vez, como el año pasado. Casi los mismos camaradas, junto con los mismos amigos de fuera. Dádonos a repetir, con el mismo espíritu, los mismos gestos... ¡Alegría de una repetición así! Y moralidad profunda de ella, como de cualquier otra repetición alegre. Lo de Kierkegard: “El que no sabe repetir es un esteta. El que repite sin entusiasmo es un filisteo. Sólo el que sabe repetir, con entusiasmo renovado constantemente, es un hombre”.

Aquí, el problema íntimo, camaradas, es el de ser hombres. Nuestra reunión en esta casa obedece al designio de formar en España algo así como una aristocracia de la conducta. Y a esto no llegaremos sino con un cultivo terco en nosotros mismos de la capacidad de continuación. Momentos de arrepentimiento por las propias culpas, llamaradas de entusiasmo fugaz por el bien, pinchazos de algún propósito de propia reforma, ¿quién no los tiene? La tradición castiza es el contar desmesuradamente sobre esos momentos: es el esperar que

*un punto de contrición
da al alma la salvación.*

Sea nuestra obra contraria: tratemos de cifrar nuestra moralidad, no en puntos de contrición, sino en líneas de heroísmo.

Para elogio de la línea de heroísmo en el trabajo profesional, en cualquier trabajo profesional y en la preparación a él, en el estudio y en el aprendizaje, se han escrito las páginas que voy a leer a ustedes, y que figuran como dichas a un oyente solo, a un alma nueva que, a medida que el sermón adelanta, va adentrándose en el mundo moral de la juventud.

I

Voy a hablarte del heroísmo en cualquier oficio y del heroísmo en cualquier aprendizaje.

Aquel hombre, hijo mío, que vino a verme esta mañana - ¿sabes?, el de la cazadora color de tierra- no es un hombre honesto. A dulce, a fiado, a trabajador, a buen padre de familia, pocos le ganan. Pero este hombre ejerce la profesión de caricaturista en un periódico ilustrado. Esto le da de qué vivir; esto le ocupa las horas de la jornada. Y, sin embargo, él habla siempre con asco de su oficio, y me dice: “ ¡Si yo pudiera ser pintor! Pero me es indispensable dibujar esas tonterías para comer. ¡No mires los muñecos, chico, no los mires! Comercio puro... Quiere decir que él cumple únicamente por la ganancia. Y que ha dejado que su espíritu se vaya lejos de la labor que le ocupa las manos, en lugar de llevar a la labor que le ocupa las manos el espíritu. Porque él tiene su faena por vilísima.-Pero dígame, hijo, que si la faena de mi amigo es tan vil, si sus dibujos pueden ser llamados tonterías, la razón está justamente en que él no metió allí su espíritu. Cuando el espíritu en ella reside, no hay faena que no se vuelva noble y santa. Lo es la del caricaturista como la del carpintero y la del que recoge las basuras y la del que llena las fajas para repartir un periódico a los suscriptores Hay *una manera* de dibujar caricaturas, de trabajar la madera y también de limpiar de estiércol las plazas o de escribir direcciones, que revela que en la actividad se ha puesto amor, cuidado de perfección y armonía, y una pequeña chispa de fuego personal: eso que los artistas llaman *estilo propio*, y que no hay obra ni obrilla humana en que no pueda florecer. Manera de trabajar que es la buena. La otra, la de menospreciar el oficio, teniéndolo por vil, en lugar de redimirlo y secretamente transformarlo, es mala e inmoral. El visitante de la cazadora color de tierra es, pues, un hombre inmoral, porque no ama su oficio.

Hijo, tú eres un niño aún, pero yo hablo en ti a todas las almas jóvenes que están o han de estar pronto en estudio y en aprendizaje y mañana en oficio, cargo o dignidad. A todos quiero decir la moral única en el estudio y en aprendizaje, en el oficio, cargo y dignidad. Además, nunca es tiempo perdido el que se emplea en escuchar con humildad cosas que no se entienden. Estas cosas trabajan los dentro y llega día en que el provecho se encuentra... Está, pues, quieto. Deja, niño, tus manos descansar en las mías. Mira, con ojos extrañados salir de mi boca las palabras con un movimiento de labios y de dientes. -La palabra *espíritu* te la he de repetir mucho. Y tú me preguntarás, tal vez, qué cosa sea. Tú no lo puedes saber de fijo, y creo que yo tampoco. Pero bien está que hablemos de ello siempre, que, si nosotros no le

entendemos, él, el espíritu, a nosotros sí nos entiende y nos da mejor disposición a entendernos los unos a los otros, y, por consiguiente, a hacernos mejores.

Te digo, pues, que mi visitante el caricaturista es hombre inmoral, porque no pone espíritu en su faena. Tampoco es lo bastante honesto aquel otro señor, el de las gafas, que sabe contar cuentos tan lindos y que viene a tomar el té algún domingo por la tarde. Ese trabaja en un diario; es periodista. Y también habla de su profesión como un presidiario de su condena: “No se puede hacer literatura allí... ¡Ah, la literatura ! ... ¡Pobre de mí, que he tenido que abandonar la literatura !” Sí, pobre de él, pero no por lo que él cree. Pobre, porque no sabe unir su amor a la literatura con el trabajo que cumple. Se queja porque tiene que redactar esas notas cortas sobre acontecimientos vulgares, que llamamos gacetillas. Pero ¿quién le impide redactar las gacetillas con belleza? Belleza no quiere decir ornamento, sino armonía y adecuación delicada de la cosa a su destino. Una gacetilla puede ser bella, como puede serlo un trabajo de carpintería, y una faja de periódico bien llena, y una recogida de basuras llevada a cabo con perfección y encendido gusto por la limpieza que así se obtiene. Si este amigo nuestro redactase las gacetillas con perfección y gusto por el resultado, insensiblemente transformaría su faena y la tornaría en bien alta.

Yo sé de otro periodista que está orgulloso, y con razón, de haberlo cumplido así, con un trabajillo cotidiano y humilde que le fue encargado en sus comienzos. Para entrar a trabajar en los diarios, cuando aún era mozo, aceptó la carga de una sección tenida hasta entonces en gran bajeza. Su misión era la de redactar notas cortas, de las que sirven para divertir al lector del negocio, reposándole de las cuestiones serias y de las preocupaciones del día, con la narración -bajo título de “Sección amena”, “De aquí y de allá”, “Curiosidades” u otro por el estilo- de cositas ligeras y grotescas: del caso del mentecato que anda con la cabeza, de los divorcios cómicos o de las apuestas imbéciles en los Estados Unidos, y otros asuntos de la misma entidad. Pero ese escritor que te digo tomó sobre sí la carga con alegría. Procuró llevar al oficio espíritu y amor. No le tuvo por vil, sino por redimible, si voluntad y paciencia a ello se ponían. No se avergonzó, mas aspiró al elogio por camino de aquél. Espíritu y amor no tardaron demasiado tiempo en cumplir el milagro que se solicitaba: secretamente, por un insensible cambio, el linaje de la labor se transformó. Hoy está desconocida, siendo la misma, sin embargo. Los que no recuerdan su oscuro origen la tienen por un género nuevo. Hoy, el trabajo en los periódicos, del escritor que te digo, es tenido por los unos en bien, por los otros en mal; más por todos, como trabajo de Filosofía, que es la más elevada y difícil de las actividades intelectuales.- Pero yo te digo que cualquier oficio se vuelve Filosofía, se vuelve Arte, Poesía, Invención, cuando el trabajador da a él su vida, cuando no permite que ésta se parta en dos mitades: la una, para el ideal; la otra, para el menester cotidiano. Sino que

convierte cotidiano menester e ideal en una misma cosa, que es, a la vez, obligación y libertad, rutina estricta e inspiración constantemente renovada.

Cualquier trabajador puede tener por patrón a Bernardo Palissy, el gran artesano. Este es quien mejor llegó a la grandeza, y llegó a las más elevadas maneras de ser que se alcancen en el mundo: magnífico artista, sabio inventor, maestro de ciencia, escritor de nombradía, hombre de sociedad, a su manera, y aun de sociedad cortesana y selectísima, y héroe de la vida religiosa, ejemplo y espejo de conciencias, sin dejar nunca de ser artesano, pero precisamente por serlo siempre y por haber realizado bellas invenciones dentro de su oficio, y llevado el mismo a una perfección soberana. El no mudó de menester más que lo necesario para pasar de artesano en vidrios de color, que fue en sus comienzos, a artesano de la cerámica, que fue más tarde, y que continuó siendo toda su vida. Pero, puesto en menester de ceramista, se elevó del trabajo de la fayenza al de la porcelana. Y volvió a encontrar el secreto de las pastas más finas y gentiles, secreto que habían poseído los chinos y se había perdido más tarde. Trabajaba en un horno para cocer sus tierras, y allí, siempre buscando, siempre buscando, encontró al fin. Como no conocía otro afán que el de esas invenciones,uviéronle sus vecinos por orate acabado. Un día, como practicase una de sus cocciones, quemó el techo de la casa. El y los suyos pasaron por largos años de miseria. Triunfó por fin: fabricó las pastas más bellas que jamás hubiesen visto ojos de hombre en tierras de Occidente. Entonces fue cuando aún, de inventor, subió a artista. Dio vida, en las materias por él mismo inventadas, a mil perfectas obras de arte. Las decoraba con las figuras de los animalillos más variados: caracoles, lagartos, peces coloreados que lucían en maravillosos reflejos. Para cumplir este trabajo, el artista quiso ser más aún: quiso ser sabio, y estudió aplicadamente la naturaleza. Y después fue, además, escritor, porque redactó en forma sabrosa las reglas de su arte y su proyecto de embellecimiento de jardines y los recuerdos de su vida. Y a los cabos de ésta se hundió en la Biblia, y, como era tiempo de luchas religiosas en Francia, Bernardo Palissy fue perseguido por su fe y le encerraron en un castillo, y así, por su fe, fue mártir. Como desde hacía algún tiempo frecuentaba la Corte y el rey le tenía cariño, acudió éste a visitarle en la prisión, y parece (y esto lo dice, si no la historia, la buena leyenda) que le ofrecía la libertad a precio de una abjuración, aunque sólo fuese aparente, de su creencia. La contestación de Palissy fue digna de su perfecta conciencia de artesano. Rehusó altivamente. Porque había trabajado su conciencia como una de sus obras de arte. Y no por dinero las hacía, sino por amor a su oficio, y a la perfección de su oficio y a los resultados de su oficio.

Hay unos bárbaros modernos que han inventado, para arma de sus luchas, el estropear con intención, o hacer incompleta, o voluntariamente inferior la obra que componen las

propias manos. Esto es lo que se llama *sabotage*, que en castellano se diría “zuecazo”, para evocar la imagen de hombres que destruyen a golpe de zueco las más delicadas fábricas de mano de trabajador. Estos hombres son malvados y el zuecazo una gran blasfemia. Porque el hombre jamás tiene completo derecho sobre la obra que hace. El derecho de ella es superior al de él. Y así, el deber del hombre está en sacrificarse por su obra, y jamás sacrificarla a otros fines...

Contra ese mal moderno, válganos el ejemplo y el patronaje de Bernardo de Palissy. El ejemplo y el patronaje de Palissy pueden darnos a todos la lección esencial de llevar amor y espíritu al propio oficio, para darle así dignidad más alta...-Y a ti, hijo mío, porque me escuchaste tan reposadamente; porque no separaste de las mías tus manos, y porque has mirado, con un poco de extrañeza nada más, salir las palabras de mi boca; ahora que se acerca Navidad, y se alegra nuestra ciudad con la llegada de la feria de Santa Lucía, yo te compraré una pequeña obra de artesano humilde, una de esas primitivas figuras de Nacimiento que allí se mercan. Habrá en ella unas ocas y un puerco, y un leñador con su gorro, y una viejecilla sentada, hilando la rueca. No tendremos en ella una obra de arte de la tierra, de perfección comparable a las de Bernardo Palissy. Pero su desconocido autor acaso sea un enamorado y un enternecido por la propia faena. Y, por consiguiente, un hombre más honesto que nuestro visitante el caricaturista de la cazadora color de tierra y que nuestro visitante el periodista de las antiparras.

II

Pero no todo ha de ser jugar a Nacimientos y no todo ha de ser abrir ojos maravillados a los resplandores del espíritu y a los resplandores de la tierra. Bien está el maravillarse, pero está mejor el comprender. Siga, al escuchar las cosas y al dejarse blandamente penetrar por ellas, el duro estudiar.-Hijo mío, ya sabes leer, ya eres un colegial, ya eres un Estudiante. Un peligro te espera y espera, sobre todo, a tus maestros y directores. A éstos quisiera ahora hablar mejor que a ti.

El arte de ayudar y guiar a los estudiantes se llama Pedagogía. Y el peligro de la Pedagogía está, como el de tantas cosas, en la ideología romántica. Todo un siglo ha padecido bajo su poder. Desde Rousseau hasta Spencer, y aún más tarde, ella ha impuesto, en la obra de enseñanza, con la superstición de lo espontáneo, la repugnancia a los que hemos llamado, desdeñosamente, “medios mecánicos”, o “medios librescos”, y sensibleramente, “medios fatigosos” de aprender. Se dice que esta pedagogía viene ya del Renacimiento. Pero hay aquí, me parece, algún error. Casi nada es, en el siglo XIX, continuación del Renacimiento. Rousseau abre un ciclo mental, no ya distinto, sino contrario al iniciado por Rabelais. Hay en el gran libro de éste un admirable capítulo en que se contiene toda su doctrina pedagógica, aquel capítulo matriz sobre la reforma de la educación de Gargantúa. Lo que le da sentido es su exaltación del esfuerzo, de la tensión en cada hora, en cada minuto, su espíritu de voracidad, de gula intelectual, característicos del humanismo. ¿Qué tiene que ver romanticismo con humanismo? Comparemos el *espíritu heroico de la educación y del aprendizaje* que estalla magníficamente en el *Gargantúa*, con las blanduras del *Emilio* rousseauiano, de donde ha salido la ralea infinita de las blanduras modernas: claramente podremos ver que en estas últimas hay ya un principio de retorno a la sensualidad viciosa, oprobio de los primeros maestros del Gigante y de que le redimieron sus nuevos maestros renacentistas.

Los psicólogos, al estudiar los hechos de la vida mental, han reconocido ya en muchos de ellos, no una sucesión de dentro a fuera, sino de fuera a dentro. Quiere esto decir que su origen no se encuentra en la misma mente, sino en lo exterior, en el corporal movimiento, en el gesto, en la actitud. Entonces aquellos afirman que el fenómeno de que se trata tiene un *origen periférico*. Así, en la teoría de las emociones, se ha popularizado ya la aparente paradoja de *que no lloramos porque estemos tristes, sino que estamos tristes porque lloramos*. Así, en la cuestión de la creencia, la intuición formidable de Blas Pascal alcanzó ya a aquel “¡Lo primero, tomar agua bendita ! “, a que podría darse forma análoga a la anterior, diciendo

que *no tomamos agua bendita porque creamos, sino que creemos porque tomamos agua bendita*. Así también, en lo que se refiere a la adquisición de conocimientos, múltiples hechos alegados por los hombres de ciencia nos conducen a la tesis de *la prioridad del conocimiento sobre el interés*; porque es caso demostrado que, para que el *interés* se despierte por algo, es ya necesario, como previa condición, *algún conocimiento* de lo que llega a interesar; no siendo acaso el interés, sino la traducción afectiva de aquel conocimiento.

Cabría afirmar, por consiguiente, que no sabemos las cosas porque anteriormente nos hayamos interesado en ellas, sino que nos interesamos por ellas, porque antes las hemos, hasta cierto punto, sabido. Pero saber las cosas no quiere decir sino *poder recordarlas en un momento oportuno*. De manera que sustituiremos legítimamente la anterior fórmula por la que sigue: *No recordamos las cosas porque ellas nos hayan interesado, sino que nos interesan por el recuerdo que ya tenemos de ellas*. Es decir, que el movimiento de la actividad mental para llegar al conocimiento de un objeto, ha de ser de índole mnemónica. He aquí, pues, un principio de erudición del valor pedagógico de la memoria, y aún de la memorización, y aún del memorismo. El evangelio del conocimiento humano puede explicar su génesis así: “En un principio era la Memoria”.

Tal vez es va hora de rehabilitar el valor del *esfuerzo*, del *dolor*, de la disciplina de la voluntad, ligada, para decirlo de una vez, no a aquello que place, sino a aquello que desplace. Hay en toda adquisición de conocimiento, como en toda invención (*aprender* una cosa, ¿no es, desde el punto de vista de la actividad mental, lo mismo en el fondo que *inventarla*?) un momento, que llamaríamos milagroso, si no fuese porque la moderna teoría de lo subconsciente como almacén biológico, desde donde las cosas pasan, en un momento dado, al campo de la conciencia, parece proporcionarnos una explicación aproximada del fenómeno. Este momento, momento de gracia, separa de una manera casi brusca el estado de no posesión del estado de posesión del conocimiento de que se trata. ¿Recuerdas, Estudiante, lo que te ha ocurrido en cada uno de tus aprendizajes de un idioma nuevo? Acuérdate, acuérdate. Hubo un día, una mañana, una hora, en que, al emprender la lectura de un libro, al empezar una conversación, o simplemente al levantarte de la cama, *te diste cuenta de que sabías el francés, o el inglés o el latín*. El día anterior, la noche precedente, la hora inmediatamente anterior, *no poseías aún esta lengua*. Desde aquel punto, *la posees*. Entre la suma de los conocimientos acumulados hasta entonces, y la suma de fuerza y de facilidades que, a partir de ese instante sagrado tendrás a tu disposición, hay una diferencia, y una diferencia decisiva. Es, diríase, el momento en que “se cobra el interés” del capital, interés de mil por ciento. En teoría, el interés “corre” siempre, se produce siempre; pero de hecho, hay un momento en que “se cobra”, en que aumenta el capital, mejor dicho: en que se vuelve “capital” de verdad lo que

antes no era sino dinero. En teoría, la planta brota de la tierra por una acción continua; pero, de hecho, hay un momento, un momento *histórico*, en que “hay” planta, en que “tenemos” planta. Fórmase la criatura animal largamente; pero hay un momento en que “nace”. Así en la invención. El sabio madura mucho tiempo la invención que ha de venir; pero la invención, en sí misma, se realiza en el tiempo de un relámpago. Así también en la ruptura del espíritu religioso, conversión o pérdida de fe. La tempestad viene de lejos; pero la fe se adquiere en el tiempo de caer de caballo camino de Damasco. Así, finalmente, en cualquier aprendizaje. Estudiamos meses y meses el alemán: lo sabemos en un minuto. Silabea el párvulo torpemente: una mañana se levanta pudiendo leer. Cualquier adquisición mental se cifra, en rigor, en una intuición, pero le hemos preparado largos razonamientos. No es la adquisición el efecto de los razonamientos. En vano buscaríamos en éstos la causa eficiente de aquélla; pero aquélla es el *premio* de éstos, o tal vez mejor, el premio a la *actitud* que éstos imponen y, como si dijéramos, la *recompensa a la humildad* que ha tenido el razonador... Sí; hay que empezar por lo exterior, hay que empezar por la actitud. Hay que abandonar todo orgullo. “toma agua bendita -diremos siempre con Pascal-, toma agua bendita”.

Lo que yo he llamado alguna vez *paradoja de la invención*, consiste en lo siguiente: de una parte, todo invento, todo descubrimiento científico, es hijo de la casualidad. De otra parte, únicamente realizan invenciones serias, descubrimientos científicos, los sabios. ¿Hay aquí una contradicción? No. Vuelve siempre, Estudiante, a la concepción psicológica periférica. La invención, el descubrimiento, no son *un efecto* de la erudición, del continuado estudio, de la actitud vital y aun profesional; pero son *su recompensa*, - el milagro de que se hace gracia a la larga humildad y únicamente a ella. Inspiración, intuición genial, no son efecto del razonamiento, pero le siguen. Y el mismo razonamiento sigue a la memorización. Y la memorización, a su vez, sin que pueda decirse que sus causas sean el esfuerzo áspero, la disciplina, la lectura, el darse a cosas por las cuales no se siente amor, sigue a todos estos *ejercicios*, y nace también en un momento gracioso en que después de haber repetido una cosa, dos, veinte, cien veces, se la recuerda... Que es altiva señora la Sabiduría y sólo alcanzará sus favores quien antes se haya arrodillado ante ella.

Estudiante, arrodíllate. Pedagogos, haced arrodillar, haced arrodillar. Para aprender las lenguas aún no se ha inventado nada mejor que las gramáticas. Para aprender a multiplicar aún no se ha inventado nada mejor que la tabla de multiplicar. Cuantos, con preocupaciones ochocentistas y sometidos a la superstición de lo espontáneo, han querido llevar hasta su extremo lógico la metodología de lo “razonable”, de lo “intuitivo”, de lo “fácil”, de lo “atrayente”, del interés sin conocimiento previo, han tenido que confesar, si son sinceros, su

fracaso... No pueden impunemente olvidarse las primeras palabras del evangelio del conocimiento.

Muchos escollos, muchos peligros, ¡oh, mi querido Estudiante!, encontrará tu navegación. Este de la tentación de facilidad, es el peor, porque es una sirena. Este es el peor, porque saca sus víctimas de entre los espíritus mejores.

III

El muchacho es ya un aprendiz. Aprendiz de médico, de encuadernador, de alfarero, lo mismo da. Quiero decir que está un peldaño más arriba que el estudiante, en la escala de la actividad productora. Porque el estudiante no ejercitaba más que el espíritu, y el aprendiz ya ejercita toda la vida.

Cada vez que encuentro un buen aprendiz, de un oficio cualquiera, se me van solas las manos al apretón. “¡Bravo, muchacho! -me viene gana de decirle-. ¡Bravo, amigo gentil! He aquí que tú te preparas larga, laboriosa, obstinadamente, a una competencia. Cualquier competencia es una manera de distinción, porque te hace, en un orden determinado de funciones, superior y distinto a los demás. Cualquier profesión es una aristocracia. Tú, amigo aprendiz, cuando alcances la maestría en tu oficio, te convertirás con eso en un aristócrata. Más aristócrata que el señor ministro de Fomento, pongo por caso. Porque el señor ministro de Fomento no ha tenido, para el trabajo que hoy se le encomienda, ninguna técnica preparación: es en él un recién llegado, un advenedizo. En tanto que tú sólo pasarás a maestro mucho más tarde, y previa una colaboración del Tiempo con la Heroicidad. Y el fruto de la unión del Tiempo con la Heroicidad, se llama Nobleza”.

El mal de las modernas democracias no es tanto que en ellas no esté representado el espíritu de los marqueses, como que no lo esté el espíritu de los encuadernadores, de los alfareros, de los herreros, de los médicos, de los curtidores, de los artistas, de los maestros de escuela, de los maestros sastres y de los maestros plateros. Bandas amorfas de hombres de profesión improvisada, indeterminada, múltiple o no muy conocida, deciden de la elección de otros hombres, también a menudo de oficio poco claro, si no es que sea equívoco o inconfesable; y delegan en ellos una voluntad imprecisa. De esos tales sale mañana un ministro de Fomento; el cual, cuando no es ministro de Fomento es, un cuarto, abogado; un cuarto, agitador; un cuarto, financiero; un cuarto, periodista. Y éste, con otros de un mismo tipo social, es el que resuelve los problemas que afectan a los plateros, a los sastres, a los maestros de escuela, a los artistas, a los curtidores, a los médicos, a los herreros, a los alfareros y a los encuadernadores. Luego hay los “genios”, que no quieren ser más que genios; y los apóstoles, sin otra manera de vivir conocida que el apostolado. Luego hay las cortesanas y las cupletistas, y los cómicos sin estudio, y los escritores sin humanidades, y los *amateurs*, y otros hombres y mujeres igualmente inmorales; porque no han sido aprendices como tú, hijo mío, y en nada llegarán a ser maestros, como tú llegarás.

Las repúblicas antiguas sabían apreciar mejor los oficios y las artes, y su especialidad y valor. En la vieja Florencia nadie tenía derecho a residir sin estar inscrito en uno de los

gremios o cofradías de artesanos o titulares. Tanto, que Dante Alighieri en persona, para no verse en el caso de salir de allí, hizo registrar su nombre en la corporación de los boticarios. Hoy las cosas pasarían al revés. Los necios hombres del día hemos dispuesto un juego hábil de opiniones y de instituciones de manera tal, que cualquier boticario puede inscribirse, sin dificultad, en la categoría de los Dantes Alighieri.

La cantidad de energía de espíritu que se emplea *-y, por consiguiente, que se gana-* en las funciones del más modesto de los oficios, es inmensa. Veamos un ceramista, por ejemplo. El ceramista es aquel que, como nuestro patrón Bernardo Palissy, toma materias rocosas y quiere llevarlas a utilidad y belleza, en el estado de sutil tenuidad. Lo primero que hace para tal fin es lavar las materias que ha escogido. Esta operación del lavaje comprende dos momentos: el del desleimiento y el de la decantación; entre las gentes del oficio deben de tener nombres especiales; yo no los he aprendido todavía, pero quiero aprenderlos.

Viene luego la preparación de la pasta. Esta preparación comprende: calcinación, distribución, empleo del tamiz, porfirización y secamiento. Luego se entra en el trabajo de mezcla, en el cual hay que distinguir la dosificación y la mezcla propiamente dicha. En seguida es cuestión de un amasamiento. En fin, se utiliza la putrefacción.

Cierto, hijo mío, que, después del amasamiento, la pasta se encuentra ya en las condiciones de ser empleada inmediatamente. Pero, según opinión de los doctos, gana en calidad cuando se la conserva en masa durante mucho tiempo, mejor durante años, en lugares que se hallen en constante estado de humedad: en una bodega, por ejemplo. Entonces las pastas experimentan lo que hemos llamado “putrefacción”. Porque, en cierto modo, las pastas que componen el preparado se pudren. Esa fermentación se acelera maravillosamente cuando son humedecidas las pastas con zumo de estiércol o con agua pantanosa. Todo eso trabaja la materia, la acomoda a la obra de arte, la hace dócil a tu albedrío. En el zumo del estiércol de hoy hállanse secretos de la belleza magnífica de mañana. Y, por obra de él, ¡oh amigo mío el Aprendiz!, penetra en la inerte pasta cerámica la soberanía del espíritu.

Repito que tales operaciones deben de tener nombres especiales, a la vez populares y técnicos, seguramente encantadores y tan llenos de sabor como de sabiduría (que *sabor y sabiduría* son tal vez una misma cosa), nombres que lloro por no conocer. Pero poco fuera informarse de ellos con sólo preguntarlos y por mera curiosidad: hay gran pecado contra la santidad de las artes en cada acto de diletantismo. Los hombres que practican los oficios poseen sus secretos, que no gustan demasiado de publicar, y precisamente para defender a la vez la fraternidad entre ellos mismos y su aislamiento enfrente de los demás, aislamiento de clase, aislamiento jerárquico *-su aristocracia pura-*, han inventado inconscientemente un lenguaje propio, que los profanos no pueden ni deben penetrar. La clase de los ceramistas

permanece, en el fondo, más cerrada que la clase de los marqueses. Y es bien que así sea. Porque el Rey o el Papa pueden llamar al primero que pase por la calle y hacerle marqués; y, en muchas ocasiones, este marquesado no resultará demasiado mal. Pero hacer del primero que pase por la calle un ceramista, dígola empresa mucho más difícil.

A pesar del interés de clase de los ceramistas, yo, que tengo también el mío -el de mi clase, la de los *glosadores*, a quien nada debe ser extraño, interés contrario al de aquéllos, por una vez-, he logrado averiguar, no sin copia de esfuerzos, que la utilidad de esa putrefacción a que antes me refería, dista mucho de ser, en la fabricación de la cerámica, un dogma profesional. No falta quien alegue el hecho de que algunas fábricas de porcelana, que por exigencias de expedición se han visto obligadas a emplear pastas a las que faltaba esa última etapa de preparación, pastas de preparación reciente, han reconocido después que los objetos elaborados así no eran más defectuosos que los otros. Sin embargo, la opinión general entre los competentes es que las pastas antiguas se fabrican mejor que las nuevas. Los chinos conservan las pastas cien años antes de trabajarlas. En la misma Europa, y para la fabricación más selecta, se han utilizado alguna vez pastas dejadas envejecer durante una generación, y que ha utilizado la generación siguiente.

Porque, muchacho, el esfuerzo de una generación sola, poco puede. Nunca ha bastado: ni para construir una Nación; ni para construir una Cultura; ni para construir una simple taza de porcelana, si ha de ser una taza de porcelana perfecta, sin tacha ni reparo.

Has crecido, muchacho, y otros regalos te convienen. Días fueron cuando te daba figurillas de Belén. Hoy he dispuesto para ti esas fotografías de capiteles románicos, ese par de libros. Pasa los ojos por las imágenes. Proceden de claustros catalanes del siglo XII. Las esculturillas nos dan un trasunto vivo del trabajo manual en aquellos tiempos. Trasunto exacto, piadosamente minucioso. Es delicioso de ver. Mira, mira reunida aquí, la síntesis de los oficios de la construcción. Adivina aquí toda su humildad, toda su nobleza, toda su santidad. El perfume de muchas vidas calladas nos llega, a través de ocho siglos. Capiteles de la Seo de Gerona, capiteles de San Cucufate del Valle. El Arca de Noé se construye. Figurillas de carpinteros que pulen la madera con garlopas; de picapedreros, bien asentados en taburetes y que se valen de morteros; de escultores, que manejan una maza de forma cilíndrica; de leñadores, con sus hachas; de labradores, con sus rastros y zapapicos; de albañiles, que trajinan el agua en una jarra de forma especial, suspendida entre dos palos; de astilladores, que construyen la nave. Y Adán que, arrojado del Paraíso, empuña, bravo, su azadón, mientras a su lado, Eva, campesina hacendosa, hila pacientemente la lana.

De los libros, uno es de Bernardo Palissy, de quien ya te hablé tanto. Se llama *De l'art de la terre, de son utilité, des esmaux et du feu*. De Palissy es una máxima que yo me

complazco en citar. Aquella que dice que “si la agricultura es conducida sin filosofía, eso equivale a violar cotidianamente la tierra con todas las sustancias que ella contiene”. El otro libro es el sublime *Trattato de l’Oreficeria*, de Benvenuto Cellini. Pero éste, no, vale más que no te lo regale. Porque la edición que tengo entre manos es italiana. Y el italiano, hijo mío, por ilusiones que tú te forjes de que podrías leerlo sin esfuerzo, no lo entenderías aún. Que también para entender el italiano se necesita un aprendizaje, se necesita haber sido aprendiz. Hay muchos que se figuran que no, y que es cuestión de vivacidad y de listeza. Son como los otros que se figuran que es cuestión de vivacidad y de listeza el arte de escribir, el de pensar filosóficamente, el arte de pintar y el de escribir discursos o comedias. Pero nosotros sabemos que a toda obra humana, a cualquier formación o producción, convienen aprendizaje largo y seria y terca disciplina.

Del tratado de Benvenuto, pues, no veremos otra cosa que su noble comienzo; y su noble comienzo será nuestro terminar. Mira, mira cómo se abre el libro del orífice con algo semejante a los que nosotros llamamos *Calendarios platónicos*. Con una lista y apología del glorioso linaje de los artífices florentinos, diciendo de cada uno el nombre y especialidad y cualidades y fama; y de los mejores, la vida y anécdotas... Siempre lo mismo, siempre lo mismo: profesión es aristocracia. Como el noble las gestas de sus antepasados, he aquí el orfebre, que cuenta las gestas de sus predecesores orfebres en la ciudad artista. El rey de España no está más orgulloso de la valentía de San Fernando que lo está nuestro florentino de la habilidad prodigiosa de Antonio, *figliuolo d’un pollaiuolo*, de los otros orífices de la república. Mira, mira desfilan a nuestros ojos la procesión pomposa y enérgica. Primero, son los promotores insignes de la restauración de las artes, aquel magnífico Cosme de Médicis, *sotto il quale si mostrò quel gran Donatello, scultore*, y aquel gran arquitecto Pipo di ser Brunellesco. Después comparece el cabeza de la dinastía, Lorenzo Ghiberti, el primero que es llamado *veramente orefice, a la gentil maniera del suo bel fare, e maggiormente a quella infinita pulitezza ed estrema diligenza*. Ghiberti, el autor de aquellas puertas del baptisterio de Florencia que Miguel Angel comparaba a las del Paraíso. Y a Ghiberti siguen: Antonio, *figliuolo d’un pollaiuolo*, y siempre nombrado así, tan excelente en su arte, que pintores y escultores se valían de los dibujos que él había compuesto; Maso Finiguerra, que se sirvió también de los dibujos de Antonio, pero que no reconoció rival en su especialidad práctica; Amerigo, esmaltador, que se sirvió también de los dibujos del Pollaiuolo; Michelangiolo, orífice de Pinzidimonte, hombre honrado y que *lavorò molto universalmente ed assai bene legava gioie*; Bastiano di Bernardetto Cennini, que, por muchos años, esculpió los modelos de las monedas florentinas; Piero, Giovanni y Remolo, hijos todos del Goro Tavolaccino, *furono orefici ed erano fratelli*; de quienes cuenta el Cellini que, en el año de 1518, las arracadas y otras joyas que pulían los tres hermanos no eran igualadas por nadie más. He aquí en seguida

Stefano Saltaregli, que murió joven; Zenobi, hijo de Meo del Lavacchio, que murió más joven aún, a los veinte años, cuando apenas le pugnaba la barba; Piero di Ninno, que se especializó en fabricar cinturones de los que los campesinos regalaban a sus mujeres, y que se vio anonadado, cuando ya era viejísimo, por la publicación de una ley que prohibió el empleo de tales cinturones, y así murió, *parte di paura di non si avere a morire di fame e parte per una paura che gli fu fatta una notte*. Después, Antonio di Salvi, *ancora lui de' nostri Fiorentini...*, que *fu un valente praticone nelle grosserie e morì vechissimo*; Salvatore Palli, que también murió viejísimo, y no llegó jamás a abrir tienda; Salvatore Guasconti, *que fu molto universale, massimo nelle cose piccole*. Vienen en seguida algunos selectos miembros del noble linaje: Donatello, que también fabricó orfebrería, como igualmente el arquitecto Brunellesco durante algún tiempo; Lorenzo dalla Golpaia, *mirabile uomo y un mostro di natura*, quien mostró su grande virtud en un reloj que hizo para el magnífico Lorenzo de Médicis, en el cual los siete planetas se movían y giraban, tal como los del cielo hacen; y así, dice el Cellini que el singular artista conocía tan bien los secretos del cielo y de las estrellas, que propiamente parecía que allí hubiera estado. Viene en seguida Andrea del Verrochio, que fue maestro de Leonardo, y así puedo decir, ¡oh aprendiz mío!, que artesanos han existido que han sido maestros de filósofos... Y todos estos fueron florentinos, “florentinos de los nuestros”. También se refiere en seguida el Cellini a algunos ilustres forasteros de la ciudad: al Martino el primero, el cual fue ultramontano, de nación tudésca. Este alemán, cuenta graciosamente el autor del Trattato, tuvo noticia de la fama obtenida en todo el mundo por “nosotros, italianos” y *virtuossamente e con gran disciplina, si misse a voler fare la detta arte*. Y *questo uomo da bene hizo molte opere*. Y como él mismo reconociera que a la belleza no podía llegar, dióse a tallar *molte storiette, molto bene composte e molto bene e virtuosamente osservato le ombre e i lumi*, y que *secondo la maniera todesca*, resultaban bellísimas. También Alberto Durero probó y ensayó. Y Antonio de Bolonia y Marco de Ravenna; el primero fue discípulo de Alberto Durero y le siguió al principio; pero después vio los dibujos del gran Rafael, pintor, y dióse en seguida a trabajar *al buono e vero modo italiano*, observando las maneras y estilo de los antiguos griegos “los cuales, en esas cosas, supieron más que nadie”.

Así enumera el gran Benvenuto a “los hombres de que se tiene noticia y que operaron mejor que los demás”. Y ya te he dicho que con la lectura de esa página magnífica de blasón en la aristocracia de la competencia, íbamos a dar término a nuestro conversar. Tú, hijo mío, harás estrella de tu vida la noble ambición de poderte llamar, en el linaje de trabajo que sea el tuyo, el igual de tan altos varones. Si te dabas a menospreciar y semiabandonar tu oficio, y, por ejemplo, te inscribías en un Ateneo y pronunciabas un discurso, pronto tu nombre andaría por los papeles. Pero la verdadera gloria no está aquí. La verdadera gloria estará en que, dentro de cuatro siglos, el ojo curioso o conmovido de un lector encuentre rastro de tu nombre

o de tu obra y de lo que él y ella trajeron de excelencia o de mejoría, en un tratado sobre el oficio que ahora ejerces y que constituye la razón y la dignidad de tu vida.

Todo pasa. Pasan pompas y vanidades. Pasa la nombradía como la obscuridad. Nada quedará a fin de cuentas, de lo que hoy es la dulzura o el dolor de tus horas, su fatiga o su satisfacción. Una sola cosa, Aprendiz, Estudiante, hijo mío, una sola cosa te será contada, y es tu Obra Bien Hecha.